

Enelia Caviedes Pérez

La voz femenina que hizo grande la radio

Por: Martha Myriam Páez

ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/802>

Ediciones Unibagué

Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías de la presente crónica hacen parte del archivo personal de Enelia Caviedes.



Enelia Caviedes Pérez

Por cerca de sesenta años, Enelia Caviedes Pérez se mantuvo vigente en la radio tolimense, como locutora, periodista, administradora y líder de causas culturales y comunitarias. Fue pionera en el trabajo de las mujeres en los medios de comunicación, una profesión que hasta los años ochenta del siglo pasado en el Tolima fue exclusividad de los hombres. Su voz prodigiosa le abrió el camino de la radio, pero su carisma, su constancia, su dedicación, su profesionalismo, su tenacidad y su empeño fueron las cualidades que le permitieron forjarse un destino como la voz femenina más poderosa del Tolima.

Su prolongada trayectoria por las emisoras de Ibagué la llevó por Ecos del Combeima, La Voz del Tolima, La Voz del Nevado y Ondas de Ibagué. Llegó a Ibagué el 19 de septiembre de 1960, cuando los ocobos estaban en flor, como funcionaria de la Administración de Impuestos —hoy DIAN—, pero gracias a su melodiosa voz, le ofrecieron un puesto en Ecos del Combeima. Así comenzó su profesión con la que ha podido

acompañar talentos, emprender causas y, lo que más le gusta, ser vocera de la comunidad.

Enelia Caviedes Pérez nació el 31 de diciembre de 1938 en Teruel, un municipio cafetero localizado al noroccidente del Huila, enclavado en la cordillera Central, a 52 kilómetros de Neiva. La familia Caviedes Pérez residía en una finca que Adán Caviedes Durán, el jefe del hogar, había heredado de su padre. Ahí se dedicaban a las labores de campo. Sin embargo, llegó la violencia y debieron salir huyendo para radicarse en la cabecera municipal. “Todos los de esa época somos desplazados de la violencia”, dice Enelia. Sus padres fueron perseguidos por el delito de ser conservadores. “Sufrieron el dolor de la ausencia de su trabajo, de sus vaquitas, como dice la canción de Rodrigo Silva”. Con estas palabras, Enelia se refiere a la canción Viejo Tolima, de autoría de Rodrigo Silva e interpretada por el dueto Silva y Villalba.

En la cabecera municipal de Teruel, su mamá, María Onofre Pérez Salazar, poseía una casa que su padre le había regalado y allí se fueron a vivir. Los esposos Caviedes Pérez debieron adaptarse a su nueva vida y, forzados por las circunstancias, olvidar las faenas agrícolas y emprender actividades desconocidas y novedosas, para sostener a la familia, seis niños pequeños que debían alimentar y educar. Se dedicaron a vender desayunos y almuerzos los días de mercado (sábado y domingo). También pusieron una panadería, donde preparaban pan, bizcochuelos, mistelas ‘y otras sabrosuras’.



María Onofre Pérez Salazar y Adán Caviedes Durán, los padres de Enelia Caviedes

Enelia, la única mujer, inició sus estudios en la escuela urbana de niñas. En el patio escolar había una piedra grande: “Siempre me sentaba en ella a mirar las montañas que rodean Teruel. La profesora me miraba y un día me dijo: ‘¿Qué es lo que mira?, ¿qué piensa?’ Es que yo no sé qué hay detrás de las montañas. Y ella me contestó: ‘Allá está Neiva, la capital. ¿Es que usted nunca ha ido a Neiva?’ No, nunca he ido a Neiva. Nosotros solo conocemos este pueblo”. Cuando años más tarde se fueron a Neiva conocieron la luz eléctrica y los carros, pues en Teruel se iluminaban con velas y solo había una chiva que llegaba una vez al día con el mercado.

En Teruel estudió hasta cuarto de primaria, porque no había colegios de bachillerato. Un amigo de sus padres, al notar el gran interés de la niña por aprender, les dijo que hicieran lo posible por buscarle una alternativa para que siguiera adelante con sus estudios. Cuando terminó el cuarto grado, su mamá decidió que la familia se trasladaría a la capital. Vendieron sus propiedades en Teruel y con unos ahorros que tenían compraron un lote en Neiva, en el barrio Campo Núñez, donde el padre de Enelia construyó la casa, con la ayuda de Gilberto, el mayor de los hijos. Pero, cuenta Enelia, “a los de la Iglesia Católica les dio por construir la iglesia en el lote donde teníamos la casa” y debieron venderla, pero no por el precio que pidió la familia, sino por el que la Iglesia quiso pagar.

Así que la señora María salió en busca de una vivienda que se ajustara al valor que recibieron. Fue así como consiguió una casa más pequeña en el barrio Chapinero de Neiva, enseguida de la escuela Gabino Charry. La casa tenía un solar con árboles de guayabo, de naranjo, de icaco y de tamarindo.

Los padres adelantaban diversas labores para obtener los ingresos que demandaba la manutención y el estudio de los hijos. La mamá era muy hábil y trabajadora, y rápidamente puso en funcionamiento una panadería y una tienda; además, alquilaba habitaciones y les vendía alimentación a jóvenes de Teruel que llegaban a laborar en oficinas y bancos de la capital. El padre ayudaba en las faenas del negocio y también trabajaba en el acueducto de Neiva.

Enelia comenzó a estudiar en el Instituto Tulia Rosa Espinosa, ‘un colegio de señoritas’. Ingresó a quinto de primaria y luego siguió allí el bachillerato, mientras que los varones estudiaron sus primeros años

en la escuela Ángel María Paredes. Gracias a sus buenas calificaciones obtuvo una beca. La llegada del año lectivo era motivo de felicidad para Enelia; ella misma se matriculaba y se iba sola para el colegio. Desde el primer día llegaba con sus cuadernos, libros y útiles.

El Instituto se caracterizaba porque la mayoría de los profesores eran catedráticos que pertenecían a la planta del colegio Santa Librada, fundado por el general Francisco de Paula Santander junto con el San Simón de Ibagué, y otros 29 en Colombia, Ecuador y Venezuela. Las profesoras, egresadas del colegio La Presentación, eran hijas de finqueros y personas de buena posición económica, que desempeñaban la docencia, la única profesión permitida para las mujeres en aquellos tiempos.

El Instituto ofrecía bachillerato clásico y la modalidad de comercio. Brindaba una educación de 'calidad extraordinaria', recuerda Enelia. Estudiaban de seis de la mañana a seis de la tarde, incluso los sábados. Practicaban baloncesto y fútbol, y participaban en los campeonatos entre los colegios de la ciudad. Organizaban caminatas para repasar la vida del escritor y poeta huilense José Eustasio Rivera, autor de *La Vorágine*. Cuando regresaban de las correrías, las alumnas debían escribir una crónica sobre lo que habían aprendido. Los escritos de Enelia se publicaban en la revista del colegio.



Enelia, a la derecha, en sus años escolares.

Cuando se graduaban, las jovencitas salían a buscar trabajo. Las empresas de la ciudad, especialmente los bancos, llamaban al colegio para que les enviaran candidatas. A Enelia le ofrecieron empleo en los bancos de Bogotá y Popular, pero al mismo tiempo se le presentó la posibilidad de trabajar en la Administración de Hacienda Nacional —hoy DIAN—. Se decidió por esta última opción, a pesar de que recibiría menos sueldo que, sin embargo, era superior a sus expectativas. Cuando recibió su primer salario, lo primero que compró fue un radio, que aún conserva, pues su papá siempre lo cuidó como un tesoro.



Enelia aún conserva el radio que compró con su primer sueldo. Fuente: Félix Martínez.

En la administración de Impuestos de Neiva trabajó por tres años y medio. Luego, le recomendó a un amigo que si sabía de algún curso en Bogotá le avisara, y él le informó sobre un seminario para liquidadores de impuesto de renta, para vincular a 20 jóvenes de todo el país. Solo quedaba una vacante y ella fue seleccionada, pues el director quería que ese cupo fuera para una mujer. Le dieron la beca y se fue a Bogotá a estudiar en la Escuela Nacional de Impuestos.

En Bogotá vivió en el barrio Ricaurte, en la casa de los amigos de unos tíos suyos. Cuando terminaron los estudios, al cabo de un año, los repartieron en todo el país. Enelia quería que la nombraran en el Huila, pero le dijeron que no, pues el propósito era que los recién egresados

tuvieran la oportunidad de trabajar en regiones diferentes a las de su origen. Le ofrecieron trabajar en Popayán y en Girardot, pero finalmente la destinaron a Ibagué, junto con otra jovencita.

No era la primera vez que iba a Ibagué. Estuvo de paso en su infancia, cuando a su padre le ofrecieron trabajo como administrador de una finca en Cajamarca. Fue por este motivo que salieron de Teruel para Ibagué, donde debieron pernoctar en un hotel de la calle 18. De allí partieron muy temprano hacia Cajamarca en un bus escalera. La aventura solo duró un par de meses, porque la madre y los niños se quedaron a vivir en la cabecera municipal, mientras el padre trabajaba en el campo. La familia no soportó la separación y se regresaron al Huila.

Cuando Enelia llegó a Ibagué, aquel 19 de septiembre, con su compañera de trabajo, alquiló una habitación en Residencias Belén, lugar que les recomendó el director local de la administración de impuestos. Era una casa grande, localizada en la carrera cuarta con calle novena, en el barrio La Pola, donde hoy se erige el Torreón del Centenario. Allí vivían unas 20 personas, provenientes de distintas partes del Tolima y del país. Entre los residentes estaban Rafael Hernández, el actual gerente de la Federación Nacional de Arroceros, que estudiaba en San Simón, y su hermano Ángel María, que luego estudió oftalmología, trabajó en la Clínica Barraquer en Bogotá y ahora vive en Murcia, España, donde tiene una clínica. También residían jóvenes que laboraban en entidades como el Inscredial, Telecom o el Ministerio del Trabajo. El dueño de la casa se llamaba Goyo Benítez y la señora Belén Rubio. Ellos querían y trataban a sus inquilinos como si fueran sus propios hijos.

Tiempo para la familia

Después de un tiempo, Enelia comenzó a sentir nostalgia de su familia, a la que quería mucho. En aquellos días, un viaje entre Ibagué y Neiva tardaba ocho horas. La única empresa que hacía el trayecto, por una carretera destapada, era Rápido Tolima, por lo cual no podía viajar con frecuencia. Así que logró que le ayudaran a conseguir una casa por medio del Instituto de Crédito Territorial (Inscredial), en la segunda etapa del barrio El Jordán. Este era un proyecto del Gobierno Nacional, en el que se adjudicaban lotes a familias de bajos ingresos, que debían gestionar la vivienda con autoconstrucción. Les entregaban el terreno y

3.000 pesos de la época, para comprar los materiales y pagar el maestro de obra. Las casas debían conservar el mismo estilo.

Cuando le confirmaron la adjudicación le informó a su familia, que de inmediato se trasladó a Ibagué, pero como aún era un proyecto, se instalaron en arriendo en La Pola, en una casa frente al actual hotel Casa Morales. Vendieron sus propiedades en Neiva, ahorraron y economizaron para terminar de reunir los recursos para construir su vivienda.

A Ibagué llegaron sus padres y sus hermanos Libardo, Ramiro, Jaime, que fue profesor del colegio San Simón, estudió Ciencias Sociales en la Universidad del Tolima, y Fabio, el menor, que reside aún con Enelia en su casa del barrio Casa Club. Gilberto, el mayor, se dedicó a las labores del campo y fue compositor. Se negó a salir de Teruel y murió en su finca.

Cuando terminaron de construir la casa, la señora María insistió en que la ocuparan, pero como El Jordán era un barrio lejano, le propuso a Enelia que compraran un carro, un verdadero lujo para las familias colombianas. Con grandes esfuerzos lo consiguieron, un Renault 4. A comienzos de los años setenta se trastearon a su casa propia.

Allí vivían muchas familias de empleados oficiales. Enelia recuerda especialmente las familias Fajardo, hoy reconocidos constructores, y la del maestro Germán Gutiérrez, egresado del Conservatorio del Tolima, profesor, director de las orquestas y del centro de música Latinoamericana de Texas Christian University (TCU) en Fort Worth, Texas, Estados Unidos.

En 1978 compraron otra casa en el barrio Casa Club, gracias a un crédito con el Banco Central Hipotecario; propiedad que aún conserva y en la que reside actualmente. Allí murieron sus padres y uno de sus hermanos. Su padre falleció el 24 de noviembre de 1992, el mismo día que murió el padre Rafael García Herreros, recuerda Enelia. Y la mamá murió al año siguiente, el 2 de octubre de 1993. Libardo, su hermano, murió el 31 de mayo de 1992.



Enelia, con sus padres y sus hermanos, en la casa del barrio Casa Club

Rocío Pérez, hija de su hermano mayor, Gilberto, dice que Enelia fue buena hija, es muy buena hermana y magnífica tía. La describe como una mujer “inteligente, bondadosa, recursiva, creativa, que se quita el pan de la boca para dárselo a las personas”. Siempre se preocupaba porque la familia de su hermano Gilberto gozara de comodidades, que los sobrinos tuvieran estudios primarios, secundarios y superiores. “Fui una de las personas beneficiadas con esa ayuda. Me trajo a estudiar a Ibagué, a hacer quinto de primaria en el colegio San Francisco, que quedaba en el Jordán. Pude estar cerca de ella y puedo decir que jamás recibí un regaño de su parte, ni un llamado de atención. Sus palabras siempre son dulces y cariñosas”.

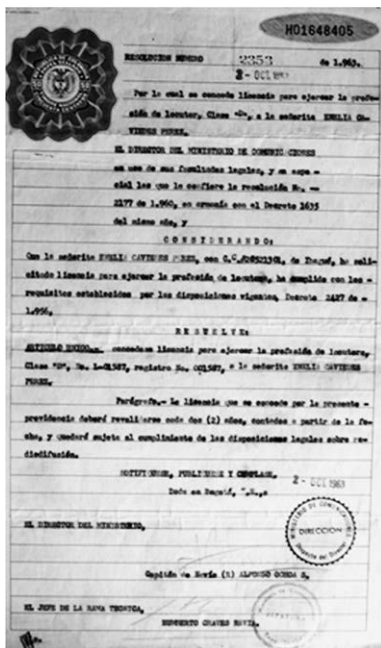
Tiempo de radio

La radio fue el medio de comunicación más importante entre las décadas 40 y 80 del siglo pasado en Colombia, por encima de otros como la prensa y la televisión. Tenía la posibilidad de llegar a los lugares más recónditos, a donde no había carreteras, ni servicios, ni educación; ni siquiera, electricidad. Gracias a su potente alcance y a que se podía escuchar en radios de pilas, los populares transistores, era prácticamente el único contacto de miles de familias con el mundo exterior. Conscientes

de eso, los gobernantes emplearon la radio como escuela de formación para una población prácticamente analfabeta. De esta manera, se desarrollaron proyectos como la Escuela Cultural y Popular (ACPO) y el Bachillerato por radio de la Radio Nacional.

Además de las tareas informativas y educativas, la radio fue entretenimiento y cultura. Las emisoras tenían radioteatros, en los que se presentaban radionovelas, obras de teatro y conciertos; a ese medio llegó Enelia en la adolescencia. En Radio Neiva hizo algunos pinitos, cuando acaba de salir del colegio, por invitación de un amigo. Participaba en un programa a las seis de la mañana, y sus intervenciones eran breves. Allí estuvo por unos tres meses. “A mí me pareció que era una oportunidad feliz, pero no más”. Después se fue a estudiar a Bogotá, y luego se radicó en Ibagué.

Alberto Vargas Vásquez, su jefe en la Administración de Impuestos, la presentó con Camilo Rafal, el dueño de la emisora Ecos del Combeima, quien la contrató de inmediato. Corría el año de 1962. Don Camilo acababa de vincular como director de la emisora al barranquillero Juan Eugenio Cañavera, esposo de María Luisa Landín.



Facsimil de la licencia de locución de Enelia Caviedes, expedida por el Ministerio de Comunicaciones sin la cual era imposible trabajar en radio.

En Ecos del Combeima tenía a su cargo el programa *Buenos días Ibagué*, que se transmitía de 5 a 8 de la mañana. En él permaneció por dos meses, pero renunció, pues debía madrugar mucho y salir de allí para la Administración de Impuestos, lo cual convirtió su día a día en una sucesión de agotadoras jornadas.

Cuando se retiró de Ecos del Combeima se cruzó con Antonio Rocha Peñaloza, quien se convertiría en su compañero de vida, de andanzas, aventuras y desventuras. A él se lo habían presentado unos días antes, en la celebración del Día del Locutor. Por eso, le contó que había dejado su trabajo en Ecos del Combeima y se animó a pedirle que la ayudara a ingresar a La Voz del Tolima, emisora que él dirigía. Efectivamente, Rocha cumplió la tarea y habló con Carlos J. Rojas, administrador, y Nicolás González Torres, gerente de la emisora. El ofrecimiento les cayó de perlas, pues la locutora de un programa para niños había renunciado para regresar a su tierra natal en La Guajira y necesitaban con urgencia otra mujer para conducirlo. Comenzó a trabajar el domingo siguiente.

El peso Farina

Festival infantil se llamaba el programa que llegó a conducir y que se transmitía los domingos de 11 de la mañana a una de la tarde. Era un concurso de canto muy popular. Participaban niños de los municipios, de las veredas y de los barrios de Ibagué. Los ganadores recibían un peso como premio. Con ese dinero, los niños compraban crispetas y dulces, entraban a cine al teatro Tolima y llevaban unas monedas a la casa. “Era que un peso rendía mucho”, recuerda Enelia. “Y por ese peso venían de los campos. No importaba que estuviera lloviendo y que los caminos estuvieran feos”.

El primer premio lo otorgaba la empresa Farina, que produce la fécula Farina, un alimento elaborado con harina de plátano, de gran valor nutritivo y empleado en la preparación de coladas para niños. Por eso el premio se llamaba ‘el peso Farina’.



Festival infantil fue el concurso de canto que condujo Enelia

Se reunían en el radioteatro de la emisora unos 300 niños cada domingo. El radioteatro de La Voz del Tolima estaba ubicado en la calle 12, entre las carreras segunda y tercera. Otra emisora que contaba con radioteatro era Ecos del Combeima, localizado en la tercera, entre calles 12 y 13. En el escenario del radioteatro de La Voz del Tolima contaban, además, con un piano que tocaba René Gamboa, un joven egresado del Conservatorio, que luego se fue a Francia para seguir su carrera de barítono y donde reside actualmente.

El programa tenía oyentes como monseñor José Joaquín Flórez Hernández, arzobispo de Ibagué; Guillermo Angulo Gómez, quien fue ministro de Educación; José Ossorio Bedoya y otros empresarios de la ciudad que se vincularon y patrocinaban el programa. Don Salomón Tovar, el dueño de la empresa Vigor, regalaba cada semana 40 docenas de huevos para entregarles a 40 niños, y cinco ponqués; Bavaria donaba 60 canastillas de Pony Malta. Había una fábrica de confecciones de Isaura Rojas de Dávila, quien le regalaba a Enelia los trajes que no compraban en los almacenes. Eran entre doce y quince vestidos, que recibía cada mes y que Enelia entregaba a las niñas para sus presentaciones. Muchas de esas niñas hicieron la primera comunión con esos vestidos, recuerda Enelia. En la tarea de empacar y llevar los regalos al radioteatro participaban las sobrinas de Enelia y niños vecinos del barrio.

En la edición del 13 al 19 de febrero de 1980 de la revista bogotana de farándula Antena se publicó un artículo sobre el programa Festival infantil.

Cante una canción y gánese una docena de huevos!

En esta foto Araci Vargas recibe una docena de huevos "vagos" por la participación en "La voz del machito azul".

Muchos escuchan El Bunde Tolimense, representado al distrito capital del Tolima, los días posteriores de pie.

Esta es la primera Edna del Combina, Jose Arceles, formando equipos para programa de radio para la comunidad.

Este original concurso se hace en la radio de Ibagué.

Los niños hacen desde los barrios más apartados y pobres en el programa y hoy hacen una

aficionados que todos los domingos llegan hasta La Voz del Tolima desde los barrios más apartados y pobres de Ibagué, para cantar una canción y ganarse una docena de huevos, "vagos" naturalmente. Cuando una de las chicas participantes integradas a "cañales" naturalmente. El Bunde Tolimense, los niños asistentes se pasaron de pie, porque los tolimenses han establecido la tradición de que el bunde es su himno regional. La radio en la provincia tolimense sigue siendo el medio de comunicación más importante y activo, sobre todo entre las áreas de escasos recursos económicos. Es un "descubrimiento" que debe tenerse muy en cuenta en el momento de hacer la evaluación de los recursos con que contamos para afianzar o divulgar nuestros valores."

Texto: Mariamón Jiménez
Fotos: archivo vales.

Gilberto Buitrago, director del noticiero Alerta Tolima de La Voz del Tolima, y docente universitario, tiene muy presentes aún aquellos programas. “Por allá en los años setenta, yo estaba muy pequeño, escuchaba el *Festival Infantil*. Recuerdo el esfuerzo que ella hacía de estimular, de conseguir nuevas voces en el canto. Esa era la parte esencial de sus programas”.

Con su trabajo en la radio, Enelia “se ganó el cariño de la comunidad”, recuerda su sobrina Rocío. “Todas las personas la recuerdan, los programas en que trabajó y sus actuaciones en favor de las causas sociales; eso es lo que la identifica y por lo que la conocen en Ibagué. La gente le decía con frecuencia que por qué no lanzaba su candidatura a la Alcaldía de Ibagué o la Gobernación del Tolima, pero ella nunca aspiró a ocupar esos cargos porque su vocación era de servicio. Su talento era acompañar a la comunidad con sus programas, ayudar a las personas y conseguir recursos para todos menos para ella, porque nunca aceptaba nada. La tengo como modelo de ayuda, de inteligencia, de voz, porque su voz es inconfundible para narrar, para hacer locución, para presentar, con esa elegancia que siempre la caracterizó”.

El cantante del año

Pero no solo promocionaban talentos infantiles, Enelia y Antonio también realizaban el programa *El cantante del año Voz del Tolima*. Allí comenzaron su carrera destacados artistas. Entre los que recuerda Enelia están los duetos Viejo Tolima y Los Inolvidables. Debían hacer largas jornadas para los ensayos y las presentaciones. El jurado del concurso estaba integrado por Emilio Díaz, padre del músico y exdirector de Cultura del Departamento, Carlos Emilio Díaz; Gonzalo Valencia, esposo de Leonor Buenaventura, y *el negro* José Ignacio Camacho Toscano.

Rescatando La Voz del Nevado

A comienzos de los ochenta, La Voz del Nevado (localizada en 1.110 del dial del AM), otra de las emisoras tradicionales de Ibagué, comenzó a presentar problemas económicos. La emisora era de propiedad de Rafael Caicedo Espinosa, ex gobernador del Tolima y dirigente liberal, y de otros empresarios. La administración estaba a cargo de Germán Restrepo Caicedo, quien era el gerente de Fedearroz y vivía en Bogotá, motivo por el cual no le quedaba tiempo de dirigir la emisora.

Antonio Rocha y Enelia, amantes de la radio, decidieron rescatar la emisora. Conformaron una sociedad, llamada Radiales, creada para administrarla, y le hicieron la propuesta a Rafael Caicedo que aceptó gustoso. El comienzo no fue fácil, pues había muchas dificultades debido a la falta de recursos. Para empezar, habían trasladado las oficinas para los transmisores, que estaban ubicados en la calle 60 con avenida Mirolindo. Para aquella época era un lugar muy distante del centro al que no era fácil llegar, por lo cual a los empleados y los vendedores de publicidad el cambio les pareció muy complicado.

Enelia y Antonio consiguieron entonces un local en el centro, en el tercer piso del edificio Yulima, en unas oficinas donde había funcionado la sede del Deportes Tolima. El lugar era de propiedad de Jesús María Lozano, médico de la clínica Tolima. Lo tomaron en alquiler, organizaron y adecuaron un espacio en el corredor para hacer radioteatro con los niños, pero ya Enelia no tenía tiempo, porque debía conseguir la pauta para la emisora y seguía trabajando en la administración de impuestos.

Fue una época muy especial para Enelia, para Antonio Rocha y para un grupo de jóvenes que daban sus primeros pasos en el periodismo.

Enelia recuerda a Guillermo y Alfonso Quimbayo, “dos personajes que son muy sabios para la locución y para la redacción”; Próspero Mateus, Enrique Sánchez, Jorge Eliécer Barahona y Miguel Ángel Merchán. Ellos, junto con otros más, querían entrar a la radio y Antonio y Enelia les dieron la oportunidad.

El periodista Gilberto Buitrago fue uno de esos jóvenes aspirantes a ingresar en las lides del periodismo. “La conocí personalmente en el año 87, en mis comienzos como reportero; ella coadministraba La Voz del Nevado con Antonio Rocha Peñaloza. Llegué a acompañar el grupo periodístico del programa *El Comentario*. Ahí ya tuve la oportunidad de compartir con ella, de conocerla, de ver ese amor por los medios de comunicación, hasta el punto de que en su vehículo particular tenía adaptado el equipo de transmisión. Así demostraba el amor y la visión del trabajo a través de los medios de comunicación”.

Allí estuvieron por diez años hasta que vendieron la emisora. Rafael Caicedo Espinosa le encomendó la tarea de venderla a Héctor Vidal Perdomo, quien era el gerente del Fondo Ganadero del Tolima, y se la vendió a Jaime Pava Navarro, que ya había sido dueño, y quien le dio el nombre de Radio Súper.



Enelia (derecha) y Antonio Rocha (centro) administraron durante diez años La Voz del Nevado

El Noticiero Todelar del Tolima

Después de salir de La Voz del Nevado, Enelia y Antonio suspendieron por un breve periodo su actividad radial, pero el periodismo y los medios de comunicación no son fáciles de abandonar, así que a comienzos de 1992 decidieron regresar a la radio y para ello tomaron las riendas del Noticiero Todelar del Tolima que se transmite por la emisora Ondas de Ibagué.

Enrique Molina Abril, locutor máster de Ondas de Ibagué, es testigo de aquellos días. “De Enelia Caviedes tengo gratos recuerdos, agradables, muy satisfactorios, de una dama muy profesional. Fue una mujer excelente en su labor de periodismo; estuvo a cargo del Noticiero Todelar del Tolima, con Antonio Rocha, que fue otro gran personaje de la radio. Entre los dos formaban una dupla excelente. Eran personas muy sencillas, muy dadas a servir, a colaborar. Empleaban términos sencillos para llegar a la audiencia. Para mí fue una alegría poder compartir con ellos micrófono. Fueron meses en los cuales me enseñaron que hay que tratar bien a la gente, escucharla, conocer sus problemas y, si se pueden resolver, hacer la gestión para solucionarlos. En sus programas culturales y musicales era grato escucharla, oír sus anécdotas, sus relatos periodísticos”.



Enelia, en el homenaje al dueto Garzón y Collazos que se realiza cada año en el cementerio San Bonifacio

Estuvieron en Ondas de Ibagué cuando la emisora funcionaba en el octavo piso del Centro Comercial Combeima. Además de Antonio Rocha, también trabajaron en el noticiero Manuel Alberto Caicedo y Edgar Aníbal Molano. “Los cuatro formaban un grupo excepcional para las noticias, porque le ponían todo el profesionalismo”, dice Enrique Molina.

Tiempos nuevos

La muerte de Antonio Rocha, ocurrida el 22 de abril de 1993, la llevó a cerrar su ciclo como directora del Noticiero Todelar del Tolima. Meses más tarde devolvió el espacio a la emisora y se apartó de la radio.

Su primera decisión fue descansar por un tiempo y salió de gira por Ecuador. Cuando regresó le ofrecieron que se hiciera cargo de la programación cultural de los pensionados. Aceptó porque quería tratar con personas distintas a los contribuyentes, a los gobernantes y los empresarios, y emprender otras actividades nuevas para ella. “Voy a mirar otros mundos”, pensó. Programaba actividades para cerca de 600 pensionados de la Gobernación, la Alcaldía y la Nación. Ahí estuvo por algunos años hasta que en el gobierno de Álvaro Uribe se acabó Cajanal. Cuando este ciclo se cerró quedaron unas 35 personas que se continuaron reuniendo en el salón de la junta comunal del barrio Santa Elena. “Es una forma de diversión, porque a las personas mayores nos van dejando solas”.

Pero la radio no la dejó. Antonio Pisco, que trabajaba con Ecos del Combeima, la llamó para hacer un programa, lo mismo que el hijo de Gustavo Garay, el dueño de Tolima FM Estéreo. En principio aceptó trabajar con la familia Garay, pero pidió hacerlo desde su casa; sin embargo, no pudieron acordar el procedimiento y se decidió por el trabajo en Ecos del Combeima. Allí condujo varios programas. *Sí, sí Colombia; Descubriendo artistas, Integración y educación cooperativa y Acciones verdes de Cortolima.*



Enelia Caviedes, en su tarea de difundir la música colombiana

En el programa *Integración y educación cooperativa* divulgaba las acciones de Confecoop, que agrupa las cooperativas del país. Como parte de su labor, recorrió los departamentos de Boyacá, Santander, Antioquia, Valle del Cauca, Quindío, Risaralda y Caldas, donde visitó las cooperativas y se enteró de su funcionamiento. Le encantaba esta labor: “Es como si me hubiera ganado una lotería”.

En su trasegar por los medios hizo alianzas con el sistema cooperativo, la Corporación Folclórica del Tolima, la Universidad del Tolima, Cortolima, la Universidad Cooperativa, la CUN y la UNAD. El trabajo que más le apasionaba consistía en difundir las acciones en pro de las comunidades, como la labor solidaria de la Fundación el Divino Niño o las actividades en favor de los enfermos de cáncer que realiza la Fundación Ezequiel Moreno. También, dar a conocer las gestiones de los líderes comunales. El 20 de julio de 2010, con un grupo de ibaguereños, creó un colectivo que denominaron *Red de intelectuales a favor del país*. Se reunían periódicamente y Enelia recopilaba las conclusiones de cada encuentro y las comentaba luego en sus programas.

Por más de veinte años, trabajó cuatro horas semanales en los programas: *Integración y educación cooperativa*, los sábados a las 10 de la mañana; Acciones verdes de Cortolima, también los sábados, de 11 a 12; y los domingos de 6 a 8 realizaba el programa *Sí, sí, Colombia*. Los

protagonistas de sus programas fueron la música colombiana y los líderes de las comunas y de los barrios, y todo aquel que realizara una labor de beneficio colectivo. A través de esos espacios pudo desarrollar labores sociales positivas y sin limitaciones. Conseguía patrocinadores en entidades públicas y empresas privadas que siempre respaldaron sus iniciativas. Ella las recuerda con gratitud.

Flor María Acosta, quien por más de diez años fue la directora Administrativa de Ecos del Combeima, destaca que Enelia era una persona puntual y ordenada con sus programas. Además, “poseía un dinamismo inigualable”; no solo coordinaba y dirigía sus programas, también apoyaba a la emisora cuando era necesario; escribía y leía en el noticiero las semblanzas de personajes destacados de Ibagué que habían fallecido. Durante el Festival Folclórico, participaba desde el máster apoyando las transmisiones y la programación de la música. Sobre su relación con la comunidad, Flor Marina indica: “Los líderes la adoraban”.

Tiempo para las comunidades

Enelia Caviedes es una periodista que ve su labor como un permanente servicio a la comunidad. Esa vocación la impulsó a integrar grupos que promovieran el folclor, la cultura y las artes y que cumplieran tareas de servicio social. Por esta razón, forma parte de la Corporación Folclórica del Tolima, la Fundación Musical de Colombia, la Academia de Historia del Tolima, la Asociación de Locutores de Tolima, la Fundación Amadehu, un albergue para mujeres embarazadas sin recursos y que llegan a Ibagué en busca de atención médica; el coro Añoranzas y la Asociación de Egresados de Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima.

A todos ellos Enelia les brindaba espacio en sus programas, lo mismo que a los líderes de las comunas y de los barrios. “Ellos van todos porque sienten que la radio es de ellos, que es un espacio para contar cosas positivas de lo que les ha pasado, y cuando hay cosas negativas también las comunican”.

En 1968, cuando estaba en La Voz del Tolima, ayudó a fundar el grupo de Alcohólicos Anónimos (AA) en el Tolima, junto con Antonio Rocha. Los buscaron para que Antonio fuera su vocero en la radio. Además, crearon el grupo Al-Anon, del que hacen parte los familiares

de los alcohólicos. En su condición de locutora la enviaron a Medellín para que recibiera formación sobre cómo manejar grupos Al-Anon y Alateen, como se llama el grupo de los niños, hijos de los alcohólicos. También contribuyó en su decisión que un hermano suyo tuvo problemas con el alcohol, una circunstancia que afectó el ánimo de la familia. Eso también la llevó a seguir las lecturas y a aplicar estas enseñanzas en su vida diaria. En el programa *Síntesis La Voz del Tolima* divulgaban las actividades de estos grupos. Durante la celebración de los 50 años de la creación de AA en Ibagué la invitaron. Para ella fue emocionante conocer el camino de superación de las personas que pasaron por esta adicción.

No olvida una de las oraciones más importantes de AA: “Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que sí puedo y sabiduría para encontrar la diferencia”.

Tiples para la paz

A finales de los ochenta y comienzos de la década del noventa del siglo pasado, nuestro país vivió años convulsionados y violentos por cuenta de la guerra que le declaró Pablo Escobar al Estado colombiano. La nación entera se estremeció por los asesinatos de líderes como Luis Carlos Galán, José Antequera y Carlos Pizarro, y por actos terroristas ejecutados por órdenes del capo del cartel de Medellín. Así mismo, los grupos guerrilleros FARC y ELN ejecutaban acciones bélicas en el territorio tolimense. Fueron tiempos de zozobra e incertidumbre. En medio de esta turbulencia, Enelia, como directora del Noticiero Todelar del Tolima, propuso la creación de *Tiples para la paz*, que ella denominó “un gran movimiento musical, popular”.

El primer programa de este movimiento fue *Los niños vuelven a cantar*, que tenía, entre otros, los objetivos de promover el conocimiento de la música colombiana entre los más pequeños de la sociedad, distribuir en los municipios del departamento diez mil triples y un millón de cancioneros con canciones del Tolima y de Colombia; y, lo más importante, “preservar la identidad de Ibagué como ciudad educadora y musical”. Con su entusiasmo, logró el apoyo de la fundación Ibagué ciudad Educadora, los núcleos de desarrollo educativo de Ibagué y los artistas

de la Coral Ciudad Musical: “Que no se callen las tonadas del pueblo, que no se callen las voces de los niños, que no se callen las notas del pentagrama, porque solo así venceremos el ruido de las armas. No maltratemos más la historia. Recojamos las voces del silencio y reconstruyamos la vida, la esperanza, los niños y los jóvenes”. Así rezaba la invitación a la celebración del programa *Los niños vuelven a cantar*.

Entre 1993 y 1996 se llevaron a cabo versiones de *Los niños vuelven a cantar*. En cada ocasión se presentaban nueve coros, cada uno de 50 niños de los núcleos escolares en los que estaban agrupados las instituciones oficiales de Ibagué.

Una oportunidad para la paz

Enelia no olvida que ella y su familia fueron víctimas de la violencia de mediados del siglo pasado y, por eso, otra de sus obsesiones fue apoyar la implementación del acuerdo de paz entre el Gobierno y las FARC que se firmó en La Habana en 2016. “Como nosotros sufrimos la violencia cuando éramos niños, entonces uno no quisiera que los niños de ahora la sufrieran. Así tenga enemigos (el acuerdo) ha sido significativo. La prensa, la radio, las revistas y los grupos humanos ayudan (en la tarea de difundirlo). Yo estoy empeñada en hacer unos grupos para que conversemos. Cada uno va aportando, lo apuntamos y hacemos una crónica para ayudar y la divulgamos en el periódico *El Nuevo Día*. Todas las veces: este es el pensamiento de toda la gente”.

En una entrevista que concedió a *El Nuevo Día*, que se publicó el 25 de marzo de 2018 con motivo de la celebración del Día del Locutor, Enelia les pidió a las nuevas generaciones de locutores que “el lenguaje que utilicen sea el más comunicador y bondadoso, porque la gente que está oyendo necesita una radio que construya paz y armonía; que los sonidos, algunas veces fuertes, se cambien por palabras que construyan paz, porque la necesitamos. Este es un trabajo que podemos hacer los locutores para mejorar este país”.

La concha acústica Garzón y Collazos

A comienzos de los años 80 del siglo pasado, un grupo de empresarios propuso crear un monumento a la música en Ibagué e invitaron a los

periodistas para contar con su apoyo para construirlo, pero los periodistas pensaron que era mejor un escenario para la música y decidieron promover la construcción de la concha acústica en el parque Centenario.

Enelia, una mujer en apariencia dulce, es en realidad una mujer batalladora, voluntariosa, persistente y determinada, que no cesa en su empeño una vez se impone un propósito. Por eso lideró el proyecto de los periodistas de construir la concha acústica. En un comienzo les dijeron que la dejaran en el estadio, pero no lo consideraron apropiado, pues este no es un lugar apto para escuchar música. Las emisoras de Ibagué se unieron para hacer el trabajo.

En un comunicado de la empresa Radiales, suscrito por Enelia y fechado el 5 de agosto de 1981, se expuso la necesidad de la obra: “la concha acústica será el más grandioso y auténtico monumento a la música. La simple enunciación de este clamor popular ha interpretado tan exactamente la vieja aspiración de la ciudadanía ibaguereña, que está suscitando en la conciencia de los tolimenses un movimiento de gigantescas proporciones y generalizada aceptación. La respuesta ha sido inmediata, fervorosa, sincera y decidida”.

Acudieron entonces a las autoridades. En principio el gobernador Gregorio Rudas les dio su respaldo, lo mismo que el entonces alcalde Augusto Vidal Perdomo. Los sucesores en la Gobernación, Armando Devia Moncaleano, y en la Alcaldía, Francisco Peñaloza, aportaron los recursos. La inauguración se cumplió el 6 de agosto de 1983, en medio de los ocobos florecidos, y contó con la presencia del presidente Belisario Betancur. La organización del evento corrió por cuenta de Adriano Tribín Piedrahíta. Se hizo un recorrido desde el cementerio San Bonifacio hasta el parque Centenario y participaron numerosos artistas. En el escenario cantaron Carlos Garzón y Eduardo Collazos, hijos de los integrantes del dueto Garzón y Collazos. Así nació la concha acústica.

El puente peatonal de la carrera Quinta

Corrían los últimos años de la década de 1980 y la ciudad crecía de manera inexorable. El tráfico por la avenida Quinta, principal de Ibagué, aumentaba con el paso de los días. En las calles 29 y 36 hay dos colegios

importantes con un buen número de estudiantes que a diario debían cruzar la avenida, exponiendo su seguridad.

Enelia se reunió con los rectores del Liceo Nacional y del San Simón, y les expuso la idea de pedir a la Alcaldía que construyeran un puente peatonal para evitar que los estudiantes, en especial, las niñas del Liceo Nacional y la Escuela Anexa, tuvieran que pasar por la carrera Quinta con peligro de que se accidentaran.

A los rectores les pareció una magnífica idea y le llevaron la propuesta al alcalde Armando Gutiérrez Quintero que la acogió y se puso al frente de ella. El puente, que se construyó en la calle 30, se puso al servicio, pero la obra no fue recibida de buen grado por los vecinos del barrio San Simón, porque decían que no prestaba beneficio alguno y el sector se volvió inseguro. “Fue la única forma en que se unieron todos los vecinos. Iban a la emisora a regañarme”. Y le decían: “Es que usted fue la que hizo eso”.



Inauguración del puente peatonal de la carrera Quinta con calle 30

Años después, en 1997, una tractomula derribó el puente y sus restos fueron empleados en otras obras. En 2008, un juzgado ordenó realizar los estudios para restituirlo, pero, seis años más tarde, la Alcaldía

consideró que no era viable ejecutar el proyecto. En enero de 2022, el alcalde Andrés Hurtado anunció que se realizarían los diseños para construir un nuevo puente.

Tiempo para cantar

En medio de todos sus trabajos con la Administración de Impuestos, la radio y las actividades culturales, Enelia también sacaba tiempo para cantar. Es contralto segunda. Estuvo en el coro del Tolima veinte años. Fue a Europa tres veces con el coro para representar al Tolima; recorrieron once países. Cantaron en la radio Televisión de París, la Radio Televisión Española, la Radio Televisión Francesa, la Radio Televisión Holandesa y la Unesco en el Vaticano.

Herencia de sangre

Alejandra Caviedes, comunicadora social-periodista, egresada de la Universidad del Tolima, ex redactora del diario regional *El Nuevo Día*, es hija de Fabio, hermano de Enelia. “Mi tía fue una influencia bastante grande para que hubiera estudiado Comunicación Social y Periodismo, aunque al terminar el colegio ya lo estaba pensando. Pero creo que lo que lo ha formado a uno, lo que se lleva en la sangre, eso no se puede negar y en esa medida siempre recordé que desde muy pequeña acompañaba a mi tía y a mi papá.

Aunque no nací en Ibagué, soy del Huila al igual que ella, la cultura ha sido ese referente, esa escuela me llevó a ser lo que soy. Creo que estar cerca de mi tía, de mi papá, de mi mamá, también me dio la seguridad de estar en este oficio, que no es nada fácil, sobre todo cuando se trata de arte y de cultura, pero que, sin duda, entrega grandes satisfacciones. Aunque no estaba en los programas de mi tía y no estaba en sus proyectos, he podido crear los míos, y he tenido ese apoyo tanto de ella como de la casa.

Luego de egresar de la Universidad trabajé en festivales de cine cargando cables y haciendo producción. Después llegué a El Nuevo Día, donde por fortuna fue la parte cultural la que me recibió. Siempre he creído que ha sido una señal y un legado que tengo que respetar y que mantener. Ella está muy orgullosa de lo que he logrado, porque sabe

que es a mi estilo, pero siempre dándole apoyo a la comunidad, visibilizando procesos, y construyendo región desde lo que he aprendido que es hacer periodismo. Sé que está muy contenta con lo que hago, porque cuando empecé a escribir en *El Nuevo Día* comenzó a guardar todas las páginas de mis escritos. Ahora no me puede escuchar haciendo radio, pero sabe que lo hago con todo el amor, seguramente al igual que ella”.

De Enelia, Alejandra destaca “la honestidad y la honradez, porque ella ha tenido en sus manos muchísimas cosas, pero nunca se ha quedado con nada que no le pertenezca; al contrario, se entrega a la gente; también, su disciplina, eso sí me ha quedado muy marcado y he tratado de replicarlo. Esas cualidades son transversales a todo lo que uno hace”.

Alejandra guarda un grato recuerdo de su infancia y es que cuando tenía cinco o seis años Enelia le permitió hablar frente a un micrófono “y no tuve pena porque estaba al lado de ella. La gente la recuerda con gran aprecio y eso me hace sentir una gran responsabilidad de hacer las cosas bien, porque llevo ese apellido. Muy a mi estilo, muy en mi escena, pero siempre con ese legado que ella me dejó”.

El legado

El periodista Gilberto Buitrago destaca en Enelia los roles que la hicieron descollar. En primer lugar, como comunicadora. “Ella es protagonista, porque una cosa es hablar de la época cuando empezó, a estos días, cuando hay una apertura y más participación de la mujer. En esos años ella estaba prácticamente sola; eran muy pocas las mujeres que trabajaban en los medios tanto en Ibagué como en el resto del país. Enelia abrió la puerta para la participación de la mujer en los medios de comunicación”.

Señala su aporte en lo que Gilberto llama ‘el despertar cívico’. Enelia acompañó muchas labores de Ibagué, como la construcción de la concha acústica Garzón y Collazos, la central de urgencias del hospital Federico Lleras Acosta y otra serie de labores sociales y de beneficio colectivo. “Promovió el civismo, el amor a Ibagué, el querer el departamento. Sin haber nacido aquí ha hecho más por la región que muchos tolimenses”.

Cada año se iluminan los ocobos

*Es el milagro de una florescencia que por magia divina,
fabrica una alfombra multitono para el dulce sueño de las hadas,
de las hadas que protegen el destino de la ciudad amada.
Es el caprichoso pincel de la naturaleza ensayando con rosa,
con lila, con blanco, y amarillo,
la tersura sin par de sus pétalos jóvenes.
Son millones y millones de luces pequeñitas
que pregonan el milagro del color y de la vida.
Es el espectáculo que embelesa a los hombres y cautiva a las deidades.*

*Y la brisa ibaguereña que es fértil y que es buena,
se lleva en sus manos la simiente para que en valles y montañas,
en hontanares y plantíos,
otra vez se dé sublime episodio de la reproducción.*

*Ya tendrán las aloas otras ramas
para el concentioso concierto de sus trinos.*

Siquiera florecen los ocobos.

Enelia Caviedes Pérez

Gilberto agrega: “También es valiosa su labor de rescatar el trabajo de las personas que, sin ganarse un peso, se hacen presidentes de las juntas comunales o son líderes de los barrios y se empeñan por sacar adelante sus comunidades”. Valora a las personas y resalta el trabajo colectivo. Siempre buscó integrar a la comunidad con la dirigencia, no solo del gobierno, con el sector público, sino también con el sector privado.

De igual manera, Gilberto destaca el tratamiento que Enelia les da a los demás, bien sea a través de los medios de comunicación o donde ella estuviera haciendo su trabajo. “Además, no es egoísta en su conocimiento. Lo planteo como docente universitario. En esta labor he tenido la oportunidad de invitarla a participar con los jóvenes y no he visto que ella se limite al momento de compartir la información; por el contrario,

invita a los jóvenes a conocerla, a conocer el trabajo de comunicador y expone cómo se hace este oficio que necesita la sociedad”.

Reconocimientos

Como reconocimiento a su labor periodística, cultural, comunitaria y solidaria, Enelia ha recibido innumerables distinciones, por parte de entidades públicas y privadas. La Alcaldía de Espinal (1980), la Alcaldía de Ibagué (1993), la Gobernación del Tolima (2002), la Asociación Edad Dorada de Montecarlo (2008), la Fundación Te Deum (2008), el Concejo de Ibagué (2001) y la Fundación Musical de Colombia (2014), son algunas de las instituciones que le han rendido homenaje en diferentes épocas de su vida y que son testimonio de su invaluable contribución al desarrollo del Tolima.

Enelia hoy

Enelia Caviedes fue una de las damnificadas de la pandemia. Debido al confinamiento obligado para las personas mayores, no pudo volver a realizar sus programas de radio. Sin embargo, eso no ha significado que abandone sus proyectos. Está dedicada a escribir artículos sobre diversos temas, el más próximo versa sobre los 30 años de la fundación de *El Nuevo Día*.



*Enelia Caviedes posa feliz y sonriente, como siempre, al lado de sus recuerdos y su mascota.
Fuente: Félix Martínez.*

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Después de leer la historia de Enelia Caviedes, ¿cuáles eventos de su vida le parecieron más interesantes? ¿Por qué?
2. Enelia Caviedes usó distintos espacios radiales para informar, difundir la cultura tolimense y promover causas sociales y cívicas. Reflexione y escriba sobre la importancia de la radio para el desarrollo regional, ¿Cuál cree que es el mayor potencial de este medio de comunicación? ¿Considera que la radio en su municipio cumple una labor social y comunitaria? De ejemplos.
3. Como le sucedió a la familia de Enelia, el desplazamiento forzado por violencia ha sido una constante en la historia de millones de familias colombianas, ¿cómo percibe este flagelo? ¿Analice y defina el término ‘resiliencia’ en un contexto de desplazamiento forzado?
4. Enelia Caviedes hizo una destacada carrera en el periodismo en una época en la que poco se discutía sobre feminismo e igualdad de género. Su sobrenombre fue ‘la primera dama de la radio’ ¿qué reflexiones le genera ese apelativo? ¿de qué maneras cree que, a través de su labor y profesionalismo, contribuyó al cierre de la brecha de género?
5. En los últimos años el formato pódcast se ha popularizado entre las nuevas generaciones. Escuche algunos de los capítulos de *Voces que inspiran* —el pódcast que se deriva de la serie *Tolimenses que dejan huella*— y enumere las principales diferencias que encuentra entre un pódcast y un programa de radio común.